

## **MASCULINIDADES Y VIOLENCIAS EN COLOMBIA**

### **Desestructuración del modo convencional de hacerse hombre**

*Fredy Hernán Gómez Alcaraz<sup>1</sup>*  
*Carlos Iván García Suárez<sup>2</sup>*

Este artículo presenta parte del complejo panorama de las violencias en Colombia y que desde una mirada de género que vincula las masculinidades con el ejercicio de múltiples formas de violencia. Para ello presentamos una primera parte en la que en el marco de un contexto nacional se da cuenta de algunas situaciones socioeconómicas y de género relevantes en Colombia. Una segunda parte que basada en fuentes estadísticas, interpreta y comenta la participación masculina en la denominada violencia social y violencia privada a través del complejo juego que se da entre el ser victimario y al mismo tiempo víctima, la presión de los grupos de pares en los varones y la desestabilización que se da en ellos ante los cambios sociales y el ancestral ejercicio de poder masculino. La tercera parte presenta un apretado marco histórico del conflicto armado interno y algunas bases sobre las que se ha fundado la participación de los varones en tales conflictos. El siguiente apartado establece tres ejes relacionales complejos y dinámicos entre la masculinidad y el ejercicio violento, cualquiera sea su denominación, en los que el/la lector/a puede encontrar un sentido más completo a las descripciones y narraciones de los apartados anteriores. Una sexta parte presenta, algunas de las más importantes acciones que se han desarrollado en el país en torno de las identidades masculinas, que si bien no han tenido todas una prioridad en el manejo integral de la violencia si tienen como común denominador el hecho de que la violencia es en buena parte un asunto que se reflexiona, preocupa y moviliza a la totalidad de los hombres colombianos. Finalmente, el último apartado señala de manera sinóptica algunas acciones e intervenciones que pueden ser emprendidas en torno de la prevención y la atención de las violencias, elementos para el planteamiento de negociaciones de paz y de políticas post-conflicto, en la lógica de la desactivación de ciertos elementos de la masculinidad que en el transcurso del texto se indican.

---

<sup>1</sup> Investigador, conferencista y tallerista en el área de género, masculinidad, salud sexual y reproductiva, violencia intrafamiliar y desarrollo personal. Investigador Asociado a la Escuela de Género de la Universidad Nacional de Colombia. Ha sido consultor del Fondo de Población de las Naciones Unidas y de la Política HAZ PAZ de la Consejería para la Política Social de la Presidencia de la República, entre otras entidades. Hizo parte de la Red de Masculinidad de la Universidad Nacional y actualmente es miembro del Colectivo Hombres y Masculinidades. Autor y coautor de varios artículos y publicaciones nacionales e internacionales sobre estos temas. E-mail: [freddymeiz@hotmail.com](mailto:freddymeiz@hotmail.com) - [fredyhernangomez@hotmail.com](mailto:fredyhernangomez@hotmail.com)

<sup>2</sup> Periodista, investigador social y docente universitario. Investigador en el área de género, cuerpo, masculinidad, paternidad, prostitución infantil y masculina, bisexualidad y SIDA. Formó parte del grupo de masculinidad de la Fundación Diálogo Mujer y de la red de masculinidad de la Universidad Nacional. Actualmente funge como Coordinador de la Línea de Género y Cultura y Coordinador Académico del Departamento de Investigaciones de la Universidad Central (DIUC). Co-fundador y miembro del Colectivo de Hombres y Masculinidades. Autor y coautor de varias publicaciones sobre estos temas. E-mail: [carlosivan@tutopia.com](mailto:carlosivan@tutopia.com)

## **COLOMBIA: ENTRE LA EQUIDAD Y LA DESIGUALDAD SOCIAL Y DE GÉNERO**

Por su relevante ubicación geográfica que ha propiciado un permanente encuentro e intercambio comercial, de culturas y naciones, por sus innumerables y dramáticos hechos de violencia tanto como por los esfuerzos tan variados de lograr la paz y la equidad social, Colombia, un país de casi 42 millones de habitantes<sup>1</sup>, ha sido objeto de numerosos análisis socioeconómicos, políticos, sociológicos, etc, nacionales e internacionales. Ya sea calificado como un país de desarrollo humano medio o en vías de desarrollo, Colombia ha sido una nación de avances y retrocesos socioeconómicos con impactos diferenciales en su población según la clase social, la etnia, la generación, la región cultural o el género en el que se inscriban sus habitantes, aspecto último que esta primera parte quiere enfatizar. Este apartado ofrece un marco contextual parcial aunque ilustrativo de los aspectos socioeconómicos más relevantes en las que se inscriben las relaciones entre los hombres y las mujeres.

A Colombia, los índices de desarrollo humano, que le describen situaciones repetidamente encubiertas y paradójicas, se le ubica, según el Informe del PNUD del 2002 sobre Desarrollo Humano<sup>2</sup>, en el puesto 68 del concierto mundial<sup>3</sup>. En este lugar, el país registra para el año 2000, un ingreso per cápita de 6.248 dólares de Estados Unidos<sup>4</sup> y una participación en el ingreso y el consumo del 10% más pobre de la población de 1.1% del total (uno de los más bajos del mundo), frente a un 46.1% del 10% más rico de la población (uno de los más altos del mundo)<sup>5</sup>.

En los últimos años, las estadísticas y políticas oficiales se han preocupado por introducir en los marcos de sus diagnósticos y análisis la variable de género, lo cual viene a representar un avance temático y conceptual al respecto, en razón, también, de que en el nivel internacional esta variable viene ocupando cada vez un lugar de mayor preponderancia académica y política. Algunos de los indicadores que tiene como referencia explícita la categoría de género señalan, por ejemplo, que en el campo del empleo la tasa de ocupación femenina se ha mantenido relativamente estable, según datos del Departamento Nacional de Planeación<sup>6</sup> (2000), con un 35.8% en las siete principales ciudades del país, frente a un 46.8% de ocupación masculina. Pero en cuanto a la tasa de desempleo, se ha tenido un incremento preocupante en las mujeres en los últimos años, al observarse un ascenso de un 11.3% en 1993 a un 23.5% en 1999, frente a un no menos preocupante 4.5% y 12.6% en los hombres, en estos mismos años<sup>7</sup>.

En todo caso, la participación masculina en la producción continua siendo convencionalmente mayoritaria, en especial en cuanto al sector de la agricultura y la industria, como se observa en el Informe sobre Desarrollo Humano del 2002, y no así en el sector servicios, donde son las mujeres el grupo mayoritario. Aún así, persiste la tendencia a que la fuerza de trabajo femenina continúe en aumento en las últimas tres décadas (Banco Mundial, 2003 : 14)<sup>8</sup>. Claro está que si se comparan los datos estimativos del ingreso por trabajo remunerado (en dólares de EE.UU.) entre los sexos, se observa una clara brecha: las mujeres ganan al año el 46.6% de lo que perciben los varones en Colombia<sup>9</sup>. Este conjunto de indicadores viene a otorgarle al país un valor de 0.767 en cuanto al Índice de Desarrollo relativo al Género.

Precisamente, un aspecto revelador de las relaciones de género en el contexto del Desarrollo Humano y de los esfuerzos sociales e institucionales que se vienen realizando en torno de esta temática, tiene que ver con el grado de participación política de la mujer.

Colombia cuenta para el año 2000 con un 47.4% de mujeres con puesto en el Gobierno a nivel ministerial, siendo uno de los países con el índice más alto al respecto<sup>10</sup>. Pero no tan relevante es la situación política de la mujer en cuanto a sus escaños en las cámaras Baja y Alta, si se la compara con las naciones clasificadas en el nivel de desarrollo humano alto.

Otro de los más llamativos e inquietantes indicadores que se encuentran en este mismo Informe, tiene que ver con la notable diferencia en la esperanza de vida al nacer, entre los hombres respecto de las mujeres. Casi nueve años de diferencia (70.4 años para las mujeres y 61.6 años para los varones) llaman la atención sobre hechos de múltiple orden que por lo general tienen que ver con las construcciones sociales y culturales de las últimas décadas, en torno del aspectos tan variados como el cuidado del cuerpo, concepciones sobre la pobreza y la violencia y, precisamente, afirmaciones sobre la feminidad o la masculinidad de los y las colombianas. El informe del Banco Mundial, en el Estudio del tema de Género en Colombia<sup>11</sup> (Banco Mundial 2002) indica que aunque la violencia afecta tanto a hombres como a mujeres de maneras diferenciales, ésta suele conllevar un número mucho de mayor de víctimas para los varones cuando se trata de homicidios, ya fueran estos ocasionados por factores políticos, sociales, narcotráfico, u otros.

Resulta sugerente observar que, según este mismo Informe, las mujeres mueren en proporciones mayores de varias de las enfermedades no transmisibles como el tumor maligno en órganos digestivos o genitourinarios, enfermedades relacionadas con la hipertensión, la isquemia cardiaca, circulación pulmonar, enfermedades cerebrovasculares y del sistema respiratorio, etc. En cambio, en una escala aún mucho mayor, son los hombres las mayores víctimas de muerte cuando se analizan las causas alrededor de los accidentes de tránsito (5.1% para los varones y 2.1 % para las mujeres), otros accidentes (4.7% los hombres y 2.3 % las mujeres) y de manera particular y significativa, los homicidios y las lesiones intencionales (un 24.4% de hombres frente a un 3.2% de víctimas femeninas).

Como se sabe, un aspecto significativo del desarrollo humano tiende a observar los niveles de atención en salud de los/as habitantes. Se sugiere que en Colombia tales cifras han mejorado en algunos aspectos como la salud reproductiva, en cuanto a la atención a mujeres embarazadas y a cuidados prenatales, pese a que la atención a mujeres de más de 35 años o procedentes de zonas rurales siguen siendo algo deficiente. Y también en otros como el de la esperanza de vida de los/as colombianos/as el cual se ha incrementado en el transcurso de la segunda mitad del siglo XX, por ejemplo. Se llama la atención frente a estos hechos dado que otros indicadores pudieran estar revelando circunstancias algo diferentes y paradójicas en apariencia. Por ejemplo, en cuanto al volumen de afiliaciones al Sistema general de Seguridad Social en Salud, en la que los datos oficiales reportan resultados altamente positivos al indicar un incremento significativo de la afiliación de hombres y mujeres de todos los estratos sociales, desde la aparición de la Ley 100 del 93 de Seguridad Social, ya sea en el sistema contributivo o en el subsidiado<sup>12</sup> (DNP, 2000: 25)<sup>13</sup>.

No es un secreto saber que Colombia aún presenta una importante labor que realizar frente a aspectos sociales básicos, entre otros, como la disminución de la desnutrición, incremento en el acceso a los servicios de salud y saneamiento básico, ampliación de la cobertura y la eficacia de los servicios de justicia, una más equitativa distribución de la

riqueza, incremento y universalización del desarrollo tecnológico y, según la opinión de amplios sectores de la población, un inalcanzable esfuerzo en torno de la conquista de la paz. Alrededor de este último aspecto, políticos/as, industriales, intelectuales, organizaciones de mujeres, etc., coinciden siempre en afirmar que Colombia no avanzará en sus propósitos de desarrollo integral si no alcanza como prioridad general y con la participación de todos y todas, acuerdos de paz posibles y duraderos, el desarme de amplias franjas de la sociedad y transformaciones sociales y culturales profundas, que puedan modificar el curso de lo que ha sido últimamente la persistente historia del país.

Especialmente, respecto del control de las múltiples expresiones de la violencia, que han gestado un clima cotidiano y generalizado de inseguridad e inequidad tanto en el denominado ámbito urbano como en el rural. Clima que, en nuestra opinión se relaciona directamente, entre otros factores, con varias de las construcciones culturales y simbólicas del hecho específico de ser y hacerse hombre en Colombia. Este aspecto, que ha empezado ser recientemente visibilizado por algunos estudios de género, hace parte del importante acervo de estudios sobre la violencia en Colombia, pese a la necesidad, hoy más vigente que nunca, de incrementar las referencias analíticas acerca del tipo de participación masculina en diversos tópicos de esta problemática.

## **LOS HOMBRES Y ALGUNAS DE LAS EXPRESIONES DE LA VIOLENCIA SOCIAL EN COLOMBIA**

Varias de las informaciones que circulan en el nivel internacional en torno de las situaciones políticas y sociales de Colombia, suelen caracterizarlo como un país violento. Referencia generalmente sustentada por el conflicto armado interno, el narcotráfico y distintas clases de actos terroristas cometidos. Esta ha sido, quizás, una de las huellas más emblemáticas de la nación, particularmente en las dos últimas décadas.

La violencia en Colombia, ha motivado en el plano internacional la promulgación de múltiples declaraciones gubernamentales, de organismos multilaterales y de derechos humanos, etc. También en el plano nacional, ha significado entre otros hechos, el esfuerzo por formular y poner en marcha políticas integrales, nacionales y locales, contra la violencia, por la seguridad y el restablecimiento del orden público. Pero acaso, uno de los elementos más significativos de esta situación tiene que ver con el hecho de que no todas las acciones violentas, ni las muertes y lesiones ocasionadas a diario en Colombia son el resultado del conflicto político – militar que se vive actualmente.

### **Homicidios y varones: hombres de espaldas a sí mismos y a su entorno**

Sólo a manera de ilustración de la dimensión que tiene el conjunto de situaciones de violencia que se registran en Colombia, se puede comentar que la tasa de homicidios en el año 2000 en la ciudad de Bogotá, D.C.<sup>14</sup>, ciudad capital de Colombia en la que el conflicto armado interno no ha cobrado un rigor relevante, llegó a 35 por cada cien mil habitantes (hpcmh), “la mitad de la tasa nacional para este año y casi cinco veces menor a la de Medellín”<sup>15</sup> (CEDE : 2001)<sup>16</sup>, mientras que en 1993, por ejemplo, había llegado a 80 hpcmh. Aunque la tasa del año 2000 no estaría entre las más altas del país, es significativo que tal índice está cinco puntos por encima de la que se le calcula al conjunto de países latinoamericanos (tasa promedio de 30 homicidios por cien mil habitantes), región que internacionalmente se le asocia con tener una de las tasas de homicidio más altas del mundo.

Este Informe revela que un 16% de los sectores censales de Bogotá presenta tasas superiores a los 100 hpcmh, "nivel normalmente asociado con situaciones de guerra" (CEDE, 2001 : 3)<sup>17</sup>. Esta tasa responde a que en el nivel nacional, se comete un homicidio cada 20 minutos, cifra que ha permanecido constante desde 1996. La historia reciente del país revela que estas estadísticas se han mantenido e incluso incrementado y que, por lo general, a Colombia se le percibe en la intimidad de la vida cotidiana, desde la misma opinión pública, como un país en permanente estado de guerra. Ya se perciba como guerra política, "guerra del centavo", "guerrear el trabajo", "guerrear en la calle", guerra social, etc, tales conflictos son vividos como un elemento casi inherente al desenvolvimiento social de la nación actual.

Veamos algunos datos, que desagregan parcial pero significativamente algunas de las distintas expresiones violentas que han mediado las relaciones sociales y de género de los/as colombianos/as en estos últimos dos años. Situaciones en las que sin mayores ampliaciones es fácil denotar la presencia masculina generalmente en el plano del victimario o vulnerador de derechos. Según la Dirección de Justicia y Seguridad del Departamento Nacional de Planeación<sup>18</sup>, se afirma que aspectos específicos de la violencia como las masacres, los homicidios en general y los secuestros han tenido un descenso notable en el primer trimestre del 2003, al comparar las cifras con las del primer trimestre del 2002<sup>19</sup>.

Empero, este presente aparentemente positivo que se ofrece a los ojos de cualquier ciudadano/a, resulta parcializado si se tienen en cuenta ciertas tendencias en cifras absolutas, como la siguiente. Desde el año 1998, Colombia ha venido registrado nuevamente un ascenso significativo en el número de homicidios. De 23.096 casos en aquél año, 23.358 en 1999 y 26.528 en el 2000, se ha pasado a 27.840 en el 2001 y 28.837 casos de homicidio en el 2002. Desde esta perspectiva se viene registrando un dramático aumento, equivalente al 23.4% en el número de homicidios si se contrastan los ocurridos en este último quinquenio (1998 – 2002).

Ahora bien, queremos llamar la atención sobre el hecho de que existe una gran dificultad para poder desagregar las cifras de homicidio en cuanto a la naturaleza política o social de sus causas. Los 28.837 casos contienen víctimas por riñas callejeras, violencia intrafamiliar, accidentes de tránsito, violencia de estructuras criminales organizadas (pandillas, bandas, etc.), suicidio, narcotráfico, violencia política, etc. Se sabe, por ejemplo, que entre 1984 y 1998 se pudieron ocasionar aproximadamente unos 200.000 muertos por el conflicto armado interno<sup>20</sup> (Dirección de Estudios Económicos del DNP, 2001). Pero indudablemente, tal desagregación requiere un mayor desarrollo, para efectos de análisis y propuestas de política pública que al poder discernir entre violencias privadas y político-militares, permitan abordajes más consistentes y cercanos a las realidades nacionales e individuales. En todo caso, en este apartado hemos disgregado algunas de las motivaciones de los homicidios, sobre las cuales hacemos unos breves comentarios analíticos en torno del comportamiento específicamente masculino.

Para el año 2001, el Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses (INML y CF: 18)<sup>21</sup> indica que durante este año (2001), tuvieron conocimiento de 289.717 casos de violencia en el territorio nacional, los que representaron un aumento respecto del año anterior, del 5% en cuanto a eventos fatales. Este mismo informe dice que durante el 2001 se presentó la notable cifra de 42.081 casos de lesiones fatales por causas

agrupadas como homicidios, accidentes de tránsito, suicidio, otros accidentes y otras muertes violentas. Tales estadísticas contienen un peso específicamente negativo en las expectativas y planes de desarrollo nacional, en los sectores de la salud, la seguridad social y la justicia, entre otros<sup>22</sup>. Por ejemplo, por los homicidios cometidos durante el 2001, Colombia perdió más de un millón de años de el índice de Años de Vida Potencialmente Perdidos (AVPP).

Formas culturales incardinadas en los cuerpos de los varones, hablan de posturas, representaciones sociales y creencias personales de muchos hombres que fundan sus relaciones sociales anclados o mediados por diversos tipos de comportamiento agresivo. Más no exclusivamente como una distorsión psicológica de sus personalidades sino como un aprendizaje valorativo prescrito socioculturalmente, interpretado en el plano personal y fortalecido por el sistema simbólico que los rodea.

Bien se sabe que estos comportamientos, si bien algunas de las estadísticas nacionales no los disciernen por sexo, encuentran una mayor incidencia en la vida de los varones, en cuanto a sus formas relacionales, de comunicación y de vinculación afectiva que establecen con otros/as. Para el INML y CF (2002 : 29) los homicidios en los que fue posible reconocer el sexo de las víctimas tuvo una impresionante razón de masculinidad<sup>23</sup> de 12 : 1, es decir 24.339 víctimas varones, frente a 1.972 víctimas mujeres. Porcentualmente, del total de las víctimas por homicidio en Colombia el 92.5% eran varones.

### **Delincuencia colectiva: los jóvenes varones y los pares**

Otra de las formas de violencia social más reiteradas en nuestro contexto nacional y urbano tiene que ver con la generación de una inmensa sensación de inseguridad en las grandes ciudades como efecto de la violencia y la delincuencia organizada (Segovia, 1994 : 8). Incluso la percepción generalizada llega a indicar que la inseguridad es un problema más grave que el de la violencia misma<sup>24</sup>. Lo que parece quedar claro es que una y otra mantienen una íntima relación. En estos hechos los/as jóvenes, en su inmensa mayoría varones, tienen una muy significativa participación en homicidios, lesiones personales, violaciones, hurto calificado y agravado (Fiscalía, 1993).

Ya sea contra el patrimonio económico o contra el cuerpo e integridad personal, los jóvenes varones suelen optar por una forma de actuar colectiva muy mediada por las presiones de los pares y por una imagen dominante de hombría adulta. Este patrón habla del riesgo como un eje de construcción de identidad masculina que interfiere permanentemente las actuaciones responsables de los varones. Los actos que se desprenden de un *modelo masculino del riesgo* como eje identitario de los varones (Gómez, 2000) puede estar representada, como consecuencia, en la percepción de inseguridad nacional, social y personal que se desprenden de actos delictivos asociados a una especie de "subjetividad del riesgo" (Gutiérrez, 1993).

Tal asociación que se establece entre la actuación / presión colectiva de algunos jóvenes y el modelamiento de patrones masculinos adultos en su actuar, llaman la atención en una nación que se precia de tener un importante proporción de población juvenil pero que hasta ahora empieza a desarrollar políticas y programas integrales dirigidos a este grupo poblacional. Este elemento puede constituir una de las claves en el planeamiento de acciones con hombres, específicamente jóvenes populares.

## **Violencias privadas: los hombres frente al ejercicio de poder y las transiciones sociales**

Respecto de una de las formas en que se expresan más fuertemente las violencias privadas, y que más interés viene ocupando en los análisis y políticas sociales actuales, se encuentra la violencia intrafamiliar (VIF). Durante el 2001 fueron atendidos 69.681 personas, contabilizándose un incremento del 10% con relación al año anterior y estableciéndose otra impresionante tasa de 162 por cada cien mil habitantes. Del total del registro, 41.320 casos corresponden con la modalidad de violencia conyugal, es decir un 59% del total de casos de VIF. En este último renglón sigue siendo significativo el hecho de que el 90% de los casos de maltrato continúan efectuándose en contra de la mujer, aunque también se observa que los maltratos hacia los hombres, comparando esta cifra con la del año anterior, se incrementaron en un 10% (INML y CF, 2002). Resulta interesante constatar que aunque las cifras han mantenido una tendencia al incremento de casos, la relación entre hombres y mujeres ha pasado de 14 : 1 en 1996 (14 mujeres atendidas por cada hombre golpeado) a ser de 9 : 1 en el 2001.

De cualquier modo la violencia intrafamiliar continua constituyéndose en una de las más frecuentes, dramáticas y críticas situaciones de la mujer colombiana y sin duda, los varones continúan siendo los tristes protagonistas de tan dolorosa forma de relacionamiento. Aun cuando ciertos avances legislativos, como el materializado en la promulgación de la ley 294 del 96, han correspondido con el clamor social generalizado, para prevenir, atender y sancionar la violencia intrafamiliar, es evidente que los esfuerzos desde el sector público deben enfatizar aún más en la identificación de los factores de riesgo presentes en las familias colombianas contemporáneas, en la construcción de políticas integrales de prevención, en el diseño y ejecución eficaz de los mecanismos de protección dispuestos por la ley misma y en el análisis de los factores culturales y de género presentes en tan extendida problemática.

Este último aspecto conlleva hacer necesariamente el análisis pertinente, con perspectiva de género, en torno de los contenidos presentes en las relaciones entre los hombres y las mujeres de hoy en día y en la construcción actual de las identidades genéricas, y no solamente alrededor de la sanción (también necesaria) de la agresión masculina y la atención (que muchas veces termina victimizando) a las mujeres, niñas y niños, entre otros.

De otro lado, se hace necesario extender una mirada comprensiva en torno de los fenómenos que están rodeando las nuevas dinámicas y configuraciones familiares en Colombia, en relación con los nuevos lugares que ocupan los hombres en los ámbitos públicos y privados. El mundo contemporáneo ofrece una mayor relatividad de las fronteras entre lo público y lo privado que antes no se conocía. Muchos varones han tenido, en consecuencia, que reflexionar y replantear sus acostumbrados roles para posicionarse nuevamente respecto de las mujeres, las generaciones, las familias, etc. , en u mundo globalizado que a la vez demanda con mayor fuerza el reconocimiento y respeto a los derechos humanos.

Este hecho desacostumbrado para muchos varones, quienes no han contado con un acumulado histórico de autorreflexión muy relevante, supera a veces sus propias expectativas, generando una incertidumbre interna al contrastar un deber ser planteado y

prescrito y las posibilidades propias de desenvolvimiento social, personal e interpersonal que ellos mismos construyen. De paso, un malestar, no sólo existencial ni sólo para ellos, que surge como una suerte de tensión “entre lo que necesitan para sí mismos y lo que la cultura les atribuye como necesidades” (Seidler, 2000 : 176).

El ejercicio de poder que los varones plantean en sus relaciones intrafamiliares se ve fuertemente afectado por este acontecimiento. La participación masculina en la VIF, efectivamente, “no corresponde tan sólo con un hábito, costumbre o “desarreglo” universal y personal. Se refiere a un serie de consideraciones, estrategias, formas comunicativas, incorporaciones mentales y contextos que desde la producción cultural, las normas sociales y la experiencia personal, se producen, distribuyen y contribuyen de manera importante a desatar en los varones angustias y vacíos que expresan y resuelven mediante el acto violento” (Gómez, Bernal, García, 2001).

La violencia intrafamiliar (y no sólo ella) representa, a la larga, una de las más vívidas y dramáticas manifestaciones de la desestructuración y ruptura de los modelos dominantes de masculinidad que la sociedad había conocido hasta hoy. Más como vulnerabilidad, la violencia masculina expresa un conjunto de elementos de cambio, doloroso esos sí para todos/as, en las interpretaciones y ejercicios actuales sobre *el poder, la convivencia y los derechos*. Particularmente respecto del poder, hay que adicionar que en una mirada muy “masculinizada” sobre este aspecto, se suele igualar el ejercicio de poder a ejercicio violento y pocas son las referencias novedosas que se encuentran para entender el poder como una posibilidad proactiva, respetuosa y benéfica para todos y todas.

No obstante, otro tipo de ejercicio violento, generalmente ocurrido en el ámbito privado, como el que representan los delitos sexuales, tienen hoy por hoy un importante peso en los dramas y urgencias sociales e institucionales de Colombia. Por el profundo impacto psicológico que se ocasiona en la vida de las víctimas y el carácter intolerable que tienen este tipo de conductas, el delito sexual ha venido siendo objeto de análisis e intervenciones cada vez más frecuentes y profundas. Los análisis de género han podido encontrar un aporte muy significativo en esta problemática aunque aún esta en mora emprender reflexiones profundas en torno de la prevención de estos hechos desde las miradas, la atención y el trabajo con los varones.

Descriptivamente se puede decir que en el 2001 fueron practicados 13.352 dictámenes sexológicos forenses por este tipo de delito (INML y CF 2002), lo cual estaría reportando un índice supremamente alto si se le adicionan los casos que se calculan que no son denunciados. En todos los grupos de edad las víctimas fueron mayoritariamente del género femenino, con 11.508 casos. Particularmente, la población femenina menor de 18 años (84% de los casos en mujeres) es el grupo social predominante víctima del delito sexual<sup>25</sup>. En cuanto a los hombres, fueron practicados 1.766 dictámenes sexológicos, siendo los menores entre 5 y 14 años de edad, el grupo mayoritario<sup>26</sup>. De todos los casos registrados, el acto sexual abusivo<sup>27</sup> fue el de mayor incidencia a lo largo de este año.

Lo que ha podido quedar claro en este tipo de violencia es que a falta de un perfil claramente establecido entre los agresores, la gran mayoría de ellos son personas, casi siempre hombres, conocidas por las víctimas y generalmente pertenecientes a las redes familiares cercanas de ellas, Este hecho básico nos está indicando, sin duda, a lo menos dos aspectos. De un lado, la existencia de una muy compleja problemática en el nivel familiar en Colombia, en cuanto a sus relacionamientos internos, sus dinámicas de poder

y autoridad y la configuración de lugares simbólicos de sus miembros. Y de otra parte, la prevalencia de unos contenidos de poder y de arbitrariedad muy frecuentes tanto en la construcción de las identidades masculinas convencionales como en las actuaciones y comportamientos mismos de los varones, frente a las mujeres, y también en cuanto a sus relacionamientos intergeneracionales, preferentemente con niños y niñas.

Esta singular red de elementos culturales, psicológicos y simbólicos que se colocan de presente en la violencia sexual son precisamente los que empiezan a merecer una oferta de atención institucional aún más importante que la que se ha gestionado hasta ahora. Al igual que la anterior, esta forma de violencia ejercida en gran parte por los hombres, expresa no sólo la vulneración profunda de la dignidad e integridad de otras personas. También manifiesta la vulneración de la propia persona de los varones, en un juego sin fin, en el que el modelo dominante de ejercicio de la sexualidad masculina - activa, penetrativa y agresiva - se coloca bajo el profundo cuestionamiento del conjunto social.

Sin embargo, el modelo de hombría que se expresa en la violencia sexual, continúa encontrando formas de legitimación a través de la oferta social y cultural de discursos que promueven una masculinidad agresiva en cuanto al desempeño y relacionamiento sexual y percepción del cuerpo masculino. El desencuentro de mensajes y discursos que se ocasionan entonces, hablan más de una degradación de los modelos dominantes, aunque no con suficiente dinamismo de nuevos patrones de hombría. Es aquí, precisamente, donde la acción pública intersectorial encuentra una rica perspectiva de análisis y materialización de propuestas, es decir, en el cambio cultural a través de pedagogías sociales que inviten a la autorreflexión de los varones y al descubrimiento de esta forma intolerable de conducta.

Otra forma considerada como una de las expresiones más dramáticas de la violencia privada, ha sido el suicidio, el cual en Colombia ha mantenido desde 1998, una tasa por cien mil habitantes de 4.8, siendo registrados 2.056 casos para el año 2001 en el nivel nacional (INML y CF 2002). El suicidio representa el 5.3% de los casos de muerte violenta<sup>28</sup>. De esta cifra, el 77% de personas que cometieron suicidio, fueron hombres, siendo su promedio de edad de 36 años, mientras que el de las mujeres fue de 26 años de edad<sup>29</sup>.

Estas cifras arrojan como resultado que por cada tres hombres que se suicidan, existe una mujer que lo hace, relación que ha descendido respecto de los años anteriores en las que se había mantenido una proporción de cuatro hombres por cada mujer suicida. Alrededor de esta problemática es relevante señalar el siguiente hecho: se considera que como consecuencia del extendido uso de armas de fuego en Colombia, los hombres, quienes tienen un permiso social para el acceso a estos artefactos mucho más notorio que las mujeres, suelen usar este tipo de mecanismo para el suicidio (33.6% de los casos en hombres), mientras que las mujeres optan por el uso de tóxicos o el envenenamiento (53.8% de los casos en mujeres).

Queda claro que entre otras de las relaciones que se pueden establecer al interior del fenómeno del suicidio está, sin lugar a dudas, la correspondiente a las formas de significarse como hombre en el transcurso de una vida, los símbolos que incorpora a su identidad y a su vida y la decisión más o menos consciente con la que un varón pudiera definir su propio final. Pudiera ser entendida como una forma desesperada de resolución de conflictos (personales o familiares, etc) o como una postura de género que intenta

defender un estatus de género preestablecido<sup>30</sup>. De cualquier forma, un componente importante de los análisis sobre las formas de violencia en Colombia, indudablemente deben introducir las miradas masculinas en torno del poder, la autoridad y sus expectativas sobre lo que culturalmente se han prescrito como los roles sociales masculinos.

En medio de esta carga informativa, que es la que las entidades oficiales nacionales y locales manejan a diario, y que consideramos básico en la creación de un marco comprensivo del amplio y muy complejo fenómeno de la violencia, ha sido evidente que también en su historia más reciente, en Colombia se han propuesto distintos tipos y modelos de acción estatal y de negociación que han pretendido ofrecer salidas políticas y pacíficas (no en todos los casos) al recurrente conflicto armado. Más resulta interesante recordar que se calcula que entre el 75% y el 85% de las muertes violentas provienen de una violencia generalmente invisibilizada en muchos de los discursos explicativos de ella. Es decir la violencia social y cotidiana. Esa, que en los párrafos anteriores se ha ofrecido como parte del contexto explicativo y descriptivo de la participación masculina. La intolerancia ciudadana y de género, en todas sus expresiones<sup>31</sup>, evidencia lamentablemente, la necesidad constante para muchos varones, de mediar las relaciones sociales, familiares e interpersonales a través del uso de expresiones violentas.

Como salta a la vista y no por casualidad, los varones ocupan siempre un lugar tristemente protagónico en tales hechos y, sin duda, sus identidades han sido afincadas por lo general a través de una alta valoración del uso arbitrario de la fuerza, del poder o de la autoridad y de un sesgado y a la larga vulnerable autopercepción del cuerpo. Así, el apartado sobre las relaciones entre la masculinidad y la violencia tratará de ofrecer un marco explicativo de género a las suficientes evidencias que se han recopilado en este texto. Dada la ausencia de suficiente material bibliográfico e investigativo sobre el tema en el país, lo presentamos como posibles conexiones entre masculinidad y violencia. Nuestro siguiente apartado coloca en evidencia otro aspecto de tales conexiones alrededor del conocido hecho sobre el conflicto armado interno en Colombia.

## **EL CONFLICTO ARMADO EN COLOMBIA Y HOMBRES EN EL CONFLICTO**

Aunque la historia republicana de Colombia, que se inició con el triunfo de los movimientos independentistas frente a la Corona española, puede caracterizarse apropiadamente como una sucesión de guerras civiles, la mayoría de ellas de inspiración partidista, hay un consenso generalizado de que el 9 de abril de 1948 marcó en definitiva el inicio de un nuevo período de enfrentamientos entre liberales y conservadores aún más cruento que los anteriores y más generalizado, que pasó a conocerse como La Violencia. El asesinato cometido ese día en la persona del líder liberal y seguro candidato presidencial para las elecciones de 1950 Jorge Eliécer Gaitán, de raigambre popular y discurso antioligárquico, desencadenó múltiples desórdenes y desmanes en las calles, particularmente en la capital, que quedó semidestruida, en lo que terminó conociéndose como “El Bogotazo”.

Como antecedentes inmediatos se situaban las olas represivas desatadas tanto por el presidente liberal Alberto Lleras Camargo desde 1945 como por el presidente conservador Mariano Ospina Pérez a partir de 1946, pero se puede afirmar que el contexto determinante de fondo de los nuevos enfrentamientos bipartidistas era justamente la sustitución en 1946 de la hegemonía liberal que había gobernado al país a

partir de 1930 por un nuevo dominio conservador que se iba a extender hasta 1953, año en el que un pacto de las dirigencias políticas de ambos partidos permitió su reemplazo mediante el “golpe militar” del general Gustavo Rojas Pinilla; cuatro años después un pacto del mismo tipo se activó para sacarlo del poder, reemplazarlo durante algunos meses por una junta militar y, finalmente, crear una alianza conocida como Frente Nacional que compartió el poder durante 16 años y que estableció la alternación de la presidencia entre los dos partidos cada cuatro años.

En todo caso, desde finales de los años 50 se catapultaron en vastas regiones rurales del país las cifras de hostigamientos, abusos, asesinatos selectivos y masacres en contra de numerosos pobladores, “culpables” o no de sus adhesiones partidarias.<sup>32</sup> Cuadrillas de hombres armados desataron el terror en los campos y algunas de sus prácticas siniestras se tradujeron en violaciones a mujeres y en una multiplicidad de cortes simbólicos y de mutilaciones efectuadas a los cuerpos de los cadáveres, en un ritual de sevicia que evidenciaba que no sólo era importante matar, sino *contramatar* y *rematar* (Uribe, 1978).

El pacto del Frente Nacional que exhibía como uno de sus propósitos manifiestos la desactivación de la Violencia, no fue efectivo en lograrlo, por lo menos en los dos primeros cuatrienios, por cuanto en los campos habían quedado muchos deseos de venganza sin resolver. Además, los expedicionarios de la muerte, que empezaron a ser llamados *bandoleros*, quienes ya habían detentado el poder de las armas o el de manejo de grupos, se encontraron sin un norte definido e incluso con una sensación de traición por parte de los jefes de sus colectividades políticas, por las cuales se habían jugado las vidas.

Teniendo en cuenta que los bandoleros pasaron a convertirse en amigos incómodos para los sectores políticos locales, regionales y aun nacionales, se desarrollaron medidas progresivas en contra de los primeros, inicialmente de descalificación política y luego de infiltración de las cuadrillas, pagos por su delación y, finalmente, de persecución militar (Sánchez y Meertens, 2002). Entre 1963 y 1965 fueron asesinados los líderes principales y pronto los grupos bajo su mando fueron aniquilados por medio de su captura o su muerte.

Ésa es la razón por la cual se suele situar el año 1965 como el fin de la Violencia, en mayúscula, lo cual no tradujo necesariamente paz sino apenas la terminación de un período histórico de la confrontación. Ello lo viene a demostrar el hecho de que algunos de los grupos de campesinos, que se habían organizado como autodefensas en esos años de barbarie para proteger sus vidas y las de sus comunidades, sintieron sumarse a la exclusión producida por la persecución de las armas la exclusión del sistema político y económico cerrado creado por el Frente Nacional. La sensación creciente de inconformidad se alimentó de un adoctrinamiento radical de izquierda en la que participaron intelectuales y los grupos campesinos se convirtieron en guerrillas; ese fue el origen en 1964 de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), en 1965 del Ejército de Liberación Nacional (ELN) y en 1967 del Ejército Popular de Liberación (EPL). Mientras el sector mayoritario del último depuso las armas en 1991 y sus reductos fueron eliminados mediante la guerra sucia en los años siguientes, especialmente en la región noroccidental de Urabá, los dos primeros pasaron en cuatro décadas de apenas unas decenas de integrantes a cerca de 40.000 miembros.

En las elecciones del 19 de abril de 1970 un fraude nunca comprobado habría permitido “robarle” la presidencia al general Rojas Pinilla, quien intentaba volver al poder por la vía electoral sobre la base de los significativos apoyos que en clases populares y medias se había granjeado a través de su dictadura populista. Como reacción surgió entonces el M-19 (Movimiento 19 de abril), guerrilla que inauguró un nuevo ciclo en la insurgencia por su carácter urbano y su capacidad de generar resonancia en los medios de comunicación a través de sus acciones.

A la persecución gubernamental, por momentos implacable como la desatada al amparo del Estatuto de Seguridad<sup>33</sup>, el M-19 contestaba con golpes cada vez más complejos como lo fue la toma de la embajada de la República Dominicana en febrero de 1980 y de cerca de 40 representantes del cuerpo diplomático en Colombia que se encontraban allí en una recepción. En 1985 el M-19 se tomó el Palacio de Justicia, sede de la Corte Suprema de Justicia, con el fin de realizar un juicio político al presidente conservador Belisario Betancur por su supuesta traición a los acuerdos de paz, que incluían la tregua y que la agrupación había firmado con él un año antes. La batalla de día y medio entre el M-19 y el Ejército, en su feroz intento de recuperación del Palacio, concluyó con no menos de cien muertos, incluyendo numerosos magistrados y los integrantes de la columna guerrillera, y 16 desaparecidos. Ese fue el principio del fin del M-19, que concluyó en la firma de una nueva tregua en 1990 y su conversión en el partido político, la Alianza Democrática M-19, el cual tuvo su logro más importante en alcanzar un tercio de la representación de los constituyentes que redactaron la nueva Constitución del país en 1991.

El panorama plural de esta violencia se complejizó con el reconocimiento político que grupos de narcotraficantes intentaron obtener, muchas veces de manera cruenta, desde comienzos de los años 80 y que veían como una acción subsiguiente al reconocimiento social al que lograron hacerse en todas las capas sociales. Posteriormente, se ha desarrollado más como una defensa de dicho estatus y de las astronómicas ganancias del negocio, en riesgo debido a la persecución presionada y auspiciada económicamente en parte por Estados Unidos, y a la espada de Damocles permanente del tratado de extradición firmado con Colombia.

Si bien a finales de los años 70 cerca de 40 mil familias derivaban su sustento del cultivo de marihuana, especialmente en la Sierra Nevada de Santa Marta a orillas del mar Caribe, la violencia que se generó en ese marco nunca adquirió un poder de desestabilización nacional, pues la importación de la yerba fue sustituida progresivamente en Estados Unidos por su propia producción. Lo opuesto ocurrió con nuevos cultivos, “pues la planta de coca encuentra un hábitat propicio en terrenos arrebatados a la selva húmeda tropical, de la misma manera que los cultivos de amapola encuentran un hábitat único entre los bosques de niebla que abundan en las zonas paramunas colombianas” (Restrepo, 2002: 114).

El crecimiento inusitado de los carteles de la droga<sup>34</sup> y su oposición radical al tratado de extradición que condujo a la creación del grupo de *Los extraditables*, cuyo lema principal era “Preferimos una tumba en Colombia que una cárcel en Estados Unidos”, derivó en la emergencia de dos nuevos fenómenos desde mediados de los años 80 como demostración de su poder de desestabilización y de presión ante gobiernos y autoridades: el terrorismo indiscriminado en las ciudades mediante bombas y la comisión de asesinatos selectivos, en particular en contra de varios candidatos presidenciales e

innumerables periodistas, jueces y policías. Dentro del sicariato como mano ejecutora del narcotráfico en ambos tipos de acciones, el país empezó a ver con sorpresa la actuación predominante de adolescentes y hombres muy jóvenes procedentes de las barriadas populares, en especial de Medellín, quienes, a la manera de camicaces, estaban dispuestos a morir, con el fin de asegurar rápidamente el futuro económico de sus familias.

Para hacer aún más complejo el panorama, también desde mediados de los años 80 nuevos grupos de autodefensa, esta vez de ultraderecha, que habían surgido como reacción al dominio y a los abusos guerrilleros en zonas específicas, perfeccionaron su organización militar, llegaron a contratar adiestradores internacionales y, en medio de relaciones tanto con el narcotráfico como con las Fuerzas Armadas<sup>35</sup>, desataron nuevas olas de terror. Los paramilitares, como se les reconoce popularmente, comenzaron a perseguir y a masacrar a pobladores civiles, acusados de ser simpatizantes de la subversión; incluso volvió la sevicia con vivos y muertos como ritual de eliminación de los enemigos. Aunque su actuación predominante se ha dado en las zonas rurales, una estela de secuestros y de asesinatos selectivos da cuenta de la incursión que también han hecho en las ciudades.

A este *modus operandi*, que se conoce como “guerra sucia” –como si toda guerra no lo fuera–, las guerrillas han respondido con métodos similares, lo cual les ha significado un inmenso costo político. La contención muy relativa en la confrontación entre la subversión y el Estado, se ha dado en los intentos de procesos de negociación en los últimos gobiernos, dado que en tales intentos las partes han denunciado el incumplimiento de los acuerdos de tregua o que definitivamente se han adelantado en medio de la guerra, como sucedió en el proceso de más de tres años entre las FARC y el gobierno presidido por el conservador Andrés Pastrana (1998-2002).

El carácter fallido de este y de otros procesos se ha atribuido, desde una orilla ideológica, al resultado natural de una farsa de la subversión para oxigenarse política y militarmente, sin tener ningún interés real en el final de la guerra, y, desde la otra orilla, a la actitud refractaria del *establecimiento* a saldar las deudas sociales inmensas del país lo cual demandaría necesariamente una redistribución de la riqueza y de la propiedad, así como a la persecución desatada por el mismo o por la mano paramilitar en contra de ex combatientes desmovilizados o de sectores progresistas de izquierda, siendo el caso de la Unión Patriótica (UP) y sus más de 3.000 muertes una comprobación dolorosa de ello.

En todo caso, las FARC y el ELN siguen planteando en sus discursos reivindicaciones sociales originarias o nuevas, pero la mayoría de analistas y de la opinión pública los ven como fuerzas anacrónicas que no pueden reclamar bajo el influjo de su acción ningún avance social en el país y que, por el contrario, combinaron las tácticas de guerrilla con numerosas formas de relación con el narcotráfico, la delincuencia común y el terrorismo – al igual que los paramilitares– en una dinámica de pervivencia de la guerra que se muerde una y otra vez su propia cola.

A menos de un año del inicio del gobierno del liberal de Álvaro Uribe Vélez no se ve un horizonte despejado para la paz, pues si bien avanzan tímidamente y a veces con retrocesos aproximaciones con los paramilitares que estarían interesados en desmovilizarse, la política de Seguridad Democrática del gobierno, que plantea una recuperación de la capacidad ofensiva del Estado y un doblegamiento militar de las

guerrillas que conduzca bien sea a su derrota o a su participación real en una mesa de diálogo, ha sido recibida naturalmente con una tendencia bélica renovada por parte de éstas, que ha incluido actos terroristas en mayor escala en campos y ciudades.

La vieja confrontación plantea hoy un clima muy poco favorable para la garantía de los Derechos Humanos y del Derecho Internacional Humanitario, en el marco de una crisis humanitaria ya de por sí extrema desatada por el encuentro entre tantos actores y factores de violencia cruzados y que tiene como su rasgo más preocupante la existencia de una población desplazada, cuya magnitud ha llegado a calcularse en dos millones y medio de personas en los últimos quince años, cifra que el Gobierno no comparte. No obstante, los propios cálculos estatales son preocupantes: según la Red de Solidaridad Social (DNP, 2003: 5), entidad oficial encargada de la atención a los desplazados, 218.396 hogares fueron desplazados entre 1996 y 2002, lo que equivale a unas 939.155 personas: un 2.1% de la población total del país que es comparable con todos los habitantes de una ciudad como Cartagena. Los datos de algunos años son igualmente graves pues revelan saltos demasiado significativos, así como una tendencia progresiva que desborda cualquier capacidad de previsión de la política pública y de la economía.<sup>36</sup>

Finalmente, habría que decir que si bien el ansia colectiva de la paz se ha centrado en no pocas ocasiones en una solución política al conflicto armado, aun si ella se diera ella sería una paz incompleta pues los estudios y análisis coinciden en señalar que sólo alrededor de un 15% de los homicidios anuales del país son resultado de dicho conflicto, mientras que el 85% restante se debe a la violencia social cotidiana.

Cuando estamos hablando de que ambas violencias dejaron 338.378 víctimas de homicidio entre 1975 y 1995 (Franco, 1999: v), con un promedio de 16 mil por año, y 182.680 entre 1996 y 2002, con un promedio de 26 mil por año, un homicidio en el país cada 20 minutos (DNP, 2003: 2-3), y sabiendo que los varones tienen en tales cifras la mayor participación tanto como víctimas como victimarios, no sólo es útil, sino imperativo sondear y arriesgar algunas interpretaciones en torno a la relación entre dichas violencias y las construcciones predominantes de la masculinidad en el país.

## **LA RELACION MASCULINIDAD Y VIOLENCIA**

Establecemos en consecuencia, a lo menos, tres ejes de relacionamiento que vinculan explicativamente una buena parte de los ejercicios violentos masculinos y la violencia generalizada en Colombia, a saber.

### **El acorazamiento del cuerpo masculino**

El primer eje de la relación que pretendemos desarrollar en torno a la relación aludida demanda referir un posicionamiento conceptual que, en cierto modo, se convierte en base para la afirmación de los ejes siguientes.

Tal eje se funda en los desarrollos conceptuales de Michel Foucault y Judith Butler, a partir de los cuales se entiende hoy el cuerpo no solo como materia sino como materialidad informada. Como resultado, hay una tendencia creciente a considerar el género como *incardinación* o *encarnación*, es decir, como inscripción en el cuerpo de unos discursos históricos sobre los modos “correctos”, “apropiados” o más aceptados de resolución tanto de la masculinidad y de la feminidad, correspondientes a un aquí y a un

ahora específicos. Otra manera de expresarlo es definir al género como cuerpo informado lingüísticamente.

La incardinación obviamente no es neutra, "las relaciones de poder penetran en los cuerpos" y ello significa que en los cuerpos de hombres y mujeres se inscribe también un diferencial de poder entre los géneros que, en el caso de la masculinidad, se convierte en un correlato directo de la violencia.

Muchos varones, por ejemplo, actúan "legítimamente" en forma violenta en contra de las mujeres, pues han aprendido del contexto cultural una idea esencialista acerca de la delicadeza y la sumisión "femeninas" por oposición a la agresividad y la superioridad "masculinas", con lo cual pueden sentir que cualquier actitud en contravía es simplemente insubordinada, antinatural y debe ser castigada para que todo pueda volver a su cauce "normal". El ámbito familiar suele representar un espacio culturalmente legitimado por el modelo patriarcal para el ejercicio de este tipo de subordinación de género. La violencia intrafamiliar es, en un altísimo porcentaje, la materialización más dramática de esta jerarquización generizada.

No obstante en Colombia, al igual que en otras latitudes, tal tipo de masculinidad violenta se devuelve a menudo en contra de los propios hombres. Como lo demostró el proyecto de investigación *Arco Iris*<sup>37</sup> en su análisis de la escuela, por ejemplo, siguen circulando allí imágenes muy endurecidas de la cultura que vinculan el ser hombre a los rasgos de violencia, competitividad y valentía. En éste y en otros ámbitos de socialización, se crean y consolidan pautas negativas de la masculinidad, lo cual puede explicar en parte por qué los hombres en Colombia constituyen una abrumadora mayoría, en relación con las mujeres, en las cifras de consumo de sustancias psicoactivas –tanto alcohol como estupefacientes-, accidentalidad de tránsito y de todo tipo, heridas, homicidios y suicidios.

Aunque no hay estadísticas recogidas en la práctica clínica en el país acerca de la conexión de estas conductas y hechos con la obsesión por velar las fragilidades y crisis masculinas, muchos profesionales del sistema de salud y las autoridades de policía las reportan informalmente. Los hombres se ven impelidos a un autocontrol casi paranoico de las emociones –que obviamente terminan circulando por otros cauces– por la asociación que hacen de ellas como femeninas. Michel Kaufman, analista de la masculinidad, afirma al respecto que "Los hombres llegan a suprimir toda una gama de emociones, necesidades y posibilidades, tales como el placer de cuidar a otros, la receptividad, la empatía y la compasión, las cuales son experimentadas como inconsistentes con el poder masculino. Dichas emociones no desaparecen; simplemente se frenan o no se les permite jugar un papel pleno en nuestras vidas, lo cual sería saludable, tanto para nosotros como para los que nos rodean" (1994: 148).

Es más, algunos psicólogos clínicos y terapeutas han obtenido suficientes muestras de *acorazamiento del cuerpo* en los hombres, término que aplican a todas las estrategias de adaptación corporales que permiten alejar o refrenar aquellas necesidades, sentimientos y emociones no consistentes con el mandato cultural.

Algunas de estas estrategias son la *tensión muscular*, que dificulta el flujo de sensaciones y sentimientos, por ejemplo el "nudo en la garganta" para controlar el llanto, la contracción del diafragma para inhibir las sensaciones de dolor o sexuales, la tensión facial para lograr inexpresividad y evitar un contacto afectivo; la *inhibición de la respiración* para

entorpecer el flujo de emociones; *el alejamiento de la atención sobre las sensaciones corporales y la transformación de las emociones no masculinas en aquellas que se experimentan como menos amenazantes*. Así, en experiencias de trabajo con hombres violentos muchas veces cuando se indaga más allá del enojo, la rabia o la furia que dicen sentir como desencadenantes de una reacción violenta, se encuentra, no sin dificultades, que las sensaciones y sentimientos previos tienen que ver más con el miedo, la tristeza, la fragilidad, pero es difícil y hasta doloroso admitirlos. Por ello, no es aventurado decir que la violencia es más evidencia de fragilidad que de fortaleza.

La respuesta violenta así comprendida puede volverse más demandante para los hombres por medio de prácticas o en condiciones o contextos adversos que suelen favorecerla. Ello ocurre, por ejemplo, con la precarización de las condiciones laborales o el desempleo que desestabilizan en tan alto grado la masculinidad, por cuanto erosionan el estatus de proveedor que se tiene como uno de los rasgos de comprobación de la misma. Esa es una explicación probable de la concurrencia que el aumento del desempleo, la pobreza y la miseria ha tenido en los últimos años con los niveles críticos que siguen manteniendo la violencia conyugal, el maltrato infantil y la violencia sexual.

No hay investigación por ahora del fuerte aumento que se reporta también informalmente por ahora de estas mismas conductas en situaciones de rompimiento de la vivencia cotidiana acostumbrada, como lo es la convivencia en campamentos de emergencia para la población desplazada forzosamente o para damnificados de tragedias naturales. En todo caso, integrantes de grupos de asistencia y acompañamiento reportan una diferencia de género en el sentido de que paradójicamente el mandato cultural de la feminidad como asociada a las tareas domésticas se convierte en un soporte para la resiliencia de las mujeres, pues ellas se organizan rápidamente en torno a actividades como la olla comunitaria, el aseo o el cuidado de los niños, mientras que los hombres, privados de cualquier labor de carácter productivo, son altamente vulnerables a sufrir crisis de pasividad, culpabilización, depresión, ingreso o agravamiento en la farmacodependencia o el alcoholismo y en muchas ocasiones convierten estos factores en potenciadores para una respuesta violenta.

### **Los rituales sexistas en la eliminación de los contrarios**

La antropóloga María Victoria Uribe (1978) realizó un estudio pionero sobre los rituales de tortura y de eliminación de los contrarios, o de los sospechosos de serlo, en el contexto de las masacres cometidas en el departamento del Tolima entre 1948 y 1964, es decir, en el período de la Violencia.

Si a los relatos que se ocupan del período en la misma o en otras regiones del país se le aplica una perspectiva de género, comienza a emerger la naturaleza sexista de gran parte de dichos rituales. No sólo por el hecho evidente de que las cuadrillas de los llamados "bandoleros" estaban compuestas exclusivamente por varones; sobre todo, por la naturaleza misma de sus acciones: ella iba más allá de lo necesario para responder al sometimiento de los bandos opuestos instigada por los jefes políticos. A los bandoleros no les bastaba hostigar a los otros para que abandonaran las regiones o incluso cometer modos simples del asesinato, digamos con arma de fuego, sino que requerían que sus ejecutores se construyeran a sí mismos o por lo menos escenificaran ante propios y extraños un carácter de dureza e insensibilidad ostensibles. Sus crímenes se convirtieron

en actos de representación de la omnipotencia y el dominio masculinos, y algunos se dirigieron explícitamente a degradar en el sentido sexual a los contrarios.

La tortura más común, por ejemplo, era violar a las mujeres, en un gran número de ocasiones delante de los hombres de la familia, quienes previamente habían sido maniatados. La violación se convirtió en un signo de la ocupación del territorio y de los cuerpos, que excedía la lucha de tipo partidario, como lo demuestra el relato de una madre acerca de la violación de la que ella y su hija fueron víctimas, por parte de hombres armados que, en dicho caso, asesinaron primero a los hombres:

*Después fue uno de estos hombres y cogió a la menor para llevarla a la otra pieza... Ya después que se fueron estos hombres nos contó la niña que estos hombres la habían estropeado... Me hicieron entregar la niña a mi mamá y me llevaron a otra pieza, donde dos de esos hombres abusaron de mi cuerpo. Luego uno de ellos me preguntó que si los muertos eran liberales o conservadores. Yo le contesté: No sé, y entonces me dijo: Váyase a ver a sus hijos.<sup>38</sup>*

Por otra parte, el asesinato requería en el ejecutor construir una dureza, un aguante, ante el dolor y la compasión, que implicaba una deshumanización del otro y, en cierta medida, del sí mismo. Antes y durante el crimen ello se conseguía mediante la preferencia de insultos y maldiciones a la víctima “con el objeto de deshumanizarla y así poderla sacrificar, y al mismo tiempo, establecer una prudente distancia entre víctimas y victimarios, en lo que podemos considerar un manejo simbólico de la contaminación” (Uribe, 1978: 167).

Alcanzar tal estadio de dureza demandaba muchas veces un rito de iniciación, en el que uno de los bandoleros experimentados entregaba un machete al novato y lo presionaba para que en cierta manera dejara de serlo: “Tome, péguele una puñalada a cualquiera de los cadáveres para que se le quite el miedo”, como lo relata el periódico *Tribuna* del 31 de marzo de 1957 (Uribe, 1978: 168).

Aunque a las víctimas generalmente se las mataba de un tiro, luego se las *contramataba* decapitándolas y, finalmente, se las *remataba* efectuando una serie de cortes que desmembraban el cuerpo y reorganizando luego sus partes con un sentido simbólico, en muchos casos de carácter sexual. Así, se llegó a practicar un corte en el útero de mujeres embarazadas, a extraer el feto y a localizarlo por fuera sobre el vientre de la madre. También a efectuar rituales de inversión entre los planos inferior y superior del cuerpo, colocando la cabeza en el sitio de los órganos sexuales o reubicando éstos en la boca: testículos y senos eran relocalizados en la boca de las propias víctimas o de otras.

María Victoria Uribe (1978: 192) encuentra una estructura ritual subyacente en las masacres que analiza, pero también presente en las sucedidas en el contexto de las guerras civiles del siglo XIX, según lo comprueban algunos documentos históricos, lo que le permite enunciar la hipótesis de “un invariante histórico o de una matriz cultural” que permanece en lo esencial.

Algo que parece comprobar la hipótesis, que nosotros leemos en clave de género, es la repetencia del fenómeno en un momento más reciente. En la “guerra sucia” desatada por los paramilitares en las áreas rurales a mediados de los años 80, a la que hicimos alusión, y luego compartida como modo de acción por guerrilleros, narcotraficantes e incluso por

agentes oficiales, volvieron a suceder actos de sevicia manifiestos con los cadáveres e incluso cortes y reordenamientos en ellos que parecían cosa del pasado. Para sólo poner un ejemplo, entre octubre de 1988 y mayo de 1991, muchas de las 107 víctimas del municipio de Trujillo en el departamento del Valle, en el suroccidente del país, fueron sometidas a un macabro ritual de tortura, asesinato, desmembramiento con motosierra y luego eliminación de los cadáveres o de los restos en las aguas del río Cauca, a manos de una alianza entre narcotraficantes y miembros de la Policía y del Ejército.

### **Las coacciones grupales**

Otra manera de mirar la masculinidad y la violencia es examinar diversas formas de criminalidad y de provocación social desarrolladas por jóvenes de sectores populares de las grandes ciudades agrupados en pandillas y en parches delictivos, ante lo cual es necesario clarificar en primera instancia dichos términos.<sup>39</sup>

El término *parche* es polisémico pues se aplica para designar de manera general a un conjunto de individuos, como sinónimo de *grupo*, *combo* o *barra*, pero también para denominar al sitio de reunión del mismo grupo e incluso a las actividades desarrolladas por el mismo –lo cual ha derivado en el verbo *parchar*–. No obstante, el uso del término se ha venido especializando en denominar a jóvenes de sectores populares y ese proceso ha ido de la mano de una carga despectiva creciente, hasta el punto de que ha llegado a ser asociado en sí mismo a la delincuencia juvenil.

En realidad, los parches son grupos abiertos, multifacéticos, fluctuantes, horizontales y sin liderazgos marcados, en los que confluyen múltiples y muy diversos tipos de jóvenes populares. En ese contexto, algunos parches que tienen una relación más cercana con el delito o con el consumo de sustancias psicoactivas, son llamados, de manera más apropiada, como *parches delictivos*, pues existe la necesidad de clarificar socialmente que no todos los parches lo son.

En las pandillas, por su parte, constituidas generalmente por jóvenes de las mismas condiciones socioeconómicas que las de los parches, las actividades múltiples de éstos se restringen bastante como factor de cohesión grupal; allí hay una relación mucho más estrecha con la delincuencia o con las sustancias psicoactivas. También se diferencian en que emergen con fuerza relaciones de tipo vertical y jerarquizado, liderazgos y que la estructura grupal es mucho más estable y definida.

En todo caso, más allá de las explicaciones que podrían hacerse en torno a la configuración de una subjetividad masculina en un contexto de precariedades socioeconómicas y especialmente de desestructuración familiar y de relaciones ausentes o altamente conflictivas con las figuras paternas<sup>40</sup>, como sucede con los integrantes de estos grupos, ella puede referirse también en alto grado al carácter coactivo de las prácticas de ingreso, de desarrollo de un sentido de pertenencia y de la conservación de la membresía dentro de tales grupos.

En ellos, se suele avalar la presencia de alguien como integrante si demuestra ante sus pares la valentía como un rasgo principal, que se considera no sólo como una condición natural de la masculinidad sino como un modo finamente jerarquizado de construcción de escalas dentro de la misma, hecho que, por demás, no se circunscribe a tales grupos sino que se vivencia en muchos ámbitos sociales. Así, el grado de valentía comprobable,

escenificable socialmente, puede ocasionar la diferencia de fondo entre “no ser hombre” o ser “poco hombre”, “más hombre” o “muy hombre”. La idea esbozada por Badinter (1993) de la masculinidad como un campo de pruebas permanente, habría que complementarla con esta condición jerárquica.

La valentía equivale a enfrentar con determinación, firmeza o fuerza física las actividades o retos que se presentan en el grupo. No basta con tener o afirmar que se tiene dicho valor; ser valiente implica a menudo una prueba o una escenificación para ser tenido en cuenta o no ser excluido del grupo. Quienes la evaden o no la satisfacen sufren una minusvaloración colectiva en su estatus que puede ocasionar, en el peor de los casos, su expulsión o su invisibilidad por parte del colectivo.

Por otro lado, el carácter declarativo o fáctico de la valentía también causa una diferencia fundamental. “Boleta”, “bandera” o “ajisoso” designan al varón que se ufana de ser valiente sin que en realidad tenga tal condición. “Probón”, en cambio, denomina al valiente de verdad, que toma la iniciativa, se arriesga e incita a los demás a realizar diferentes acciones. Un probón “se le mide a todo” y ello significa consumo de alcohol y drogas, manejo de armas blancas y a veces de fuego, y disposición para enfrentar enfrentamientos muy violentos con grupos rivales generalmente por problemas de territorialidad o la comisión de delitos que implican riesgos. En algunos casos, las cicatrices del cuerpo llegan a ser incluso una evidencia de las acciones del probón que se exhiben a la manera de “trofeos de guerra”, y dicha palabra no es gratuita: aunque en varias ciudades se han realizado acciones y procesos de resocialización de este tipo de grupos, no se percibe en ellos una consideración del peso de la relación entre un ejercicio de la valentía como prueba de la masculinidad y las coacciones colectivas. Un ejemplo que evidencia dramáticamente tal relación, la encontramos alrededor del papel que han jugado organizaciones del narcotráfico frente al reclutamiento de jóvenes de sectores populares para el adelanto de sus acciones militares. Es destacable, de un lado, la capacidad de aglutinamiento de estas organizaciones quienes llegaban a presentarse como entes protectores que simulaban a la figura simbólica del padre, enfatizando ciertas virtudes simbólicas, consideradas netamente masculinas, como la valentía, el arrojo y la capacidad de riesgo. De otro lado, llama la atención la audiencia que tales mensajes lograban incrementando en estos jóvenes varones su disposición psicológica y corporal para el accionar militar, certero e incompasivo. Este juego recíproco de imágenes y discursos dieron piso, por ejemplo, a lo que tristemente recordamos con la figura masculina (y generalmente juvenil) del sicariato.

Estas consideraciones podrían ser una clave importante para desactivar de manera más efectiva la otra “guerra”, que parece muy menor frente al conflicto armado, pero que perfectamente puede ocasionar un mayor número de víctimas: aquella que afecta en alto grado la convivencia y la seguridad por cuenta de adultos y cada vez más de jóvenes, atrapados en la conservación obsesiva de su estatus de masculinidad.

## **LAS MASCULINIDADES Y ALGUNAS ACCIONES EMPRENDIDAS EN COLOMBIA**

Antes de sugerir algunas posibles perspectivas para la acción alrededor de las identidades masculinas y la prevención y el tratamiento de la violencia, queremos presentar un marco contextual local en el que señalamos varias de las acciones e investigaciones que sobre el emergente tema de las masculinidades se han realizado en

Colombia. Si bien, la temática problematizadora o los fines políticos o sociales prioritarios no siempre han girado en torno de la atención al fenómeno de la violencia en Colombia, es destacable que repetidamente el tema de la violencia se constituye en uno de los ejes temáticos que se abordan con mayor reiteración y urgencia por parte de los hombres mismos que han participado de las investigaciones o de las intervenciones.

En general, se pueden situar ciertas acciones precursoras del interés por los varones, no tanto desde una perspectiva académica o investigativa como desde la oferta privada de servicios, especialmente los de salud sexual y reproductiva masculina. Servicios que, por ejemplo, Profamilia comenzó a desarrollar a partir de los años 70<sup>41</sup>. También, Oriéntame, entidad privada en el área de la salud sexual y reproductiva, desde hace algunos años ha comenzado a hacer consideraciones acerca del lugar y las características de la participación masculina en este campo.

Sólo en los años 90 surgen algunas experiencias y grupos de reflexión de carácter diverso sobre la masculinidad en círculos allegados al feminismo. En la organización Taller Abierto de Cali, que venía desarrollando un trabajo con mujeres de sectores populares, se comenzó en 1993 a realizar talleres de sensibilización con hombres adultos, jóvenes e indígenas del Cauca, abordando temas relacionados con la identidad masculina, el ejercicio de la paternidad y la violencia.

De otro lado, tanto el grupo de masculinidad creado por la Fundación Diálogo Mujer de Bogotá, en 1996, como el Primer Encuentro de Hombres realizado en Cali en el mismo año, se pueden calificar como las primeras experiencias reflexivas y vivenciales, casi terapéuticas, que reunieron únicamente a hombres.

A instancias del Fondo de Documentación Mujer y Género, del Programa Género, Mujer y Desarrollo del Centro de Estudios Sociales de la Universidad Nacional y del grupo feminista Mujer y Sociedad, surgió, de otra parte, la *Red de Estudios en Masculinidad* de la Universidad Nacional, que congregó a hombres y mujeres con experiencias en la reflexión y en algunos casos elaboraciones escritas sobre el género, para analizar y discutir las obras de las figuras más importantes en el campo de los estudios sobre la masculinidad. Con algunos altibajos, la Red mantuvo reuniones mensuales entre 1996 y 1998.

Otra agrupación fue la creada por los educadores Javier Ómar Ruiz y José Manuel Hernández, inicialmente en 1997 con un grupo de jóvenes hombres y mujeres que, al servicio de la Veeduría Distrital de Bogotá, efectuaban talleres en colegios. Otro más, fue impulsado en Bogotá por profesionales de diversas disciplinas como la socióloga Mónica Tobón y los psicólogos Germán Moreno (Q.E.P.D.) y Jorge Enrique Guzmán, entre otros; la dinámica de sus reuniones se mantuvo entre 1997 y 1999.

Por otra parte, la Fundación Mujer y Futuro de Bucaramanga implementó en 1998 una línea de atención a hombres agresores en el ámbito familiar, remitidos por los juzgados de familia locales en el marco de la Ley 294 de 1996 sobre violencia intrafamiliar, para lo cual diseñó servicios terapéuticos individuales y grupales. Precisamente esta entidad ha producido algunas reflexiones escritas de mediana difusión sobre el tema de la violencia intrafamiliar y la participación masculina en estos hechos.

Hacia julio de 2000 se propicia un hecho interesante y significativo a nivel nacional, cuando varias entidades del orden nacional e internacional, del campo de la prestación de servicios y de la investigación académica, unieron esfuerzos en torno a la realización de un foro de carácter nacional que intentara dar cuenta parcial de las investigaciones, reflexiones y experiencias que hasta el momento se habían tenido en la atención a hombres y en los estudios de masculinidad. Así, se llevó a cabo en la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, el Foro *Masculinidades en Colombia: reflexiones y perspectivas*, el cual contó con la asistencia de variadas entidades públicas y privadas, docentes, investigadoras/es y estudiantes de diferentes carreras profesionales, y del cual se publicó el libro de memorias (*Masculinidades en Colombia. Reflexiones y perspectivas*, 2000).

En agosto del mismo año, el Colectivo Hombres y Masculinidades promovió un encuentro denominado *Hombres y Masculinidades*, realizado en la Universidad Javeriana en Bogotá, en el cual se combinaron exposiciones y reflexiones sobre la masculinidad, con algunos talleres de sensibilización emocional. A finales del mismo año y en el marco del Día Internacional de lucha contra el SIDA, la Secretaría de Salud Municipal de Cali convocó un *Foro sobre Masculinidad*, el cual reunió una gran parte de los/as funcionarios/as del sector público e investigadoras/es y académicas/os de la ciudad.

Desde el sector no gubernamental ENDA Medellín ha diseñado una serie de acciones con hombres de sectores populares en torno al ejercicio de la paternidad y la construcción de masculinidades, a partir de una investigación realizada sobre la paternidad de estos sectores en el marco de lo que se ha denominado como la feminización de la pobreza.

Algunas iniciativas estatales han venido integrando paulatinamente la perspectiva masculina, particularmente, alrededor de una de las más agudas problemáticas en nuestro país: la violencia intrafamiliar. De tal forma, desde la política Haz Paz de la Consejería Presidencial para la Política Social, se ha venido apoyando acciones de capacitación y publicaciones sobre este preocupante fenómeno social. La edición del módulo *Masculinidades y violencia intrafamiliar* (2001), dirigido por Fredy Gómez, junto con Margarita Bernal y Carlos Iván García como coautores, viene a representar un pionero e interesante esfuerzo desde lo público puesto al servicio, básicamente, de los y las funcionarios/as de varios sectores.

De otro lado, a instancias de la representación en Colombia del Fondo de Población de las Naciones Unidas (FNUAP), en noviembre y diciembre de 2001 se efectuaron en Bogotá dos reuniones de intercambio entre organizaciones, entidades públicas y privadas prestadoras de servicios, universidades, académicos/as e investigadores/as sobre la masculinidad, que adelantan sus trabajos en Bogotá, Medellín, Cali y Bucaramanga, con el ánimo de concertar acciones conjuntas sobre el tema, algunas de las cuales han querido ser apoyadas por FNUAP.

En desarrollo de algunas de estas iniciativas en el año 2002 y gracias al apoyo brindado por FNUAP, se realizaron en Bogotá diez talleres de sensibilización y capacitación exclusivamente con varones, sobre los temas de las identidades masculinas, la salud sexual y reproductiva y los ejercicios violentos en los varones (violencia intrafamiliar, sexual y de género)<sup>42</sup>. En ellos fueron tratadas distintas dinámicas que recorrieron desde la reflexión conceptual sobre el tema y experiencial de las vivencias, hasta dinámicas masculinas terapéuticas y de trabajo con el cuerpo. La participación de hombres de muy

diversas características socioeconómicas, de escolaridad, generacionales y de oficio permitió extraer interesantes reflexiones descritas en un documento interno que plantea algunas inquietudes sobre las que se pueden empezar a trazar lineamientos para la acción, respecto de la prevención de la violencia y el autocuidado de los varones, entre otros aspectos.

En el plano local, el Departamento Administrativo de Bienestar Social (DABS) ha sido el encargado de liderar el Programa Desarmarnos con Amor<sup>43</sup> que tiene como objetivo intervenir las problemáticas de la violencia intrafamiliar, la violencia sexual y las peores formas de explotación infantil.

Este Programa había incluido en años anteriores una serie de *Conversatorios entre mujeres*, pero fue innovado en términos de acción pública al proponerse involucrar la participación masculina mediante el desarrollo de *Conversatorios entre hombres* en las diversas localidades. Teniendo como meta la generación de un proceso de movilización y transformación cultural en torno a las pautas hegemónicas de género, los *Conversatorios entre hombres*, auspiciados por el DABS y por el BID<sup>44</sup>, desarrollaron dinámicas conceptuales, reflexivas, emocionales y corporales en torno a siete tópicos como la Identidad masculina, la autoestima, autonomía y el autocuidado, el cuerpo, la salud, sexualidad, el poder masculino y la perspectiva de derechos, violencias en las relaciones cotidianas, transformación de los conflictos y hacia una nueva masculinidad. Esta constituye una de las primeras experiencias en Colombia, sino la primera, en abordar desde el ámbito público y de manera explícita el tema de las masculinidades en relación con la agenda social de desarrollo.

Múltiples expresiones de los hombres que participaron en estos talleres, sin importar las brechas generacionales, demostraron que la serie de encuentros constituyó para muchos de ellos la primera oportunidad en la vida para conversar con otros y para reflexionar acerca de la naturaleza cultural de los patrones dominantes de la masculinidad, particularmente aquellos asociados con la violencia. Los *Conversatorios* probaron la posibilidad de desnaturalizar la violencia como eje de constitución de la masculinidad y de relacionar o reconciliar la ética del cuidado hacia otras personas y hacia sí mismos como posibilidad para la desactivación de las múltiples violencias<sup>45</sup>.

También en el año 2002, con el apoyo del BID, la Policía Nacional y la Universidad Javeriana fueron desarrollados varias jornadas de sensibilización y capacitación en torno de la violencia intrafamiliar en distintas ciudades del país, las cuales incluyeron el tema de las identidades masculinas. Lo interesante de esta experiencia es que los/as asistentes fueron todos miembros/as de la Policía Nacional, los cuales por primera vez se reunían a reflexionar sobre el tema de las masculinidades y la violencia, así como el sentido propio, en torno de su sexualidad, identidad genérica y familia que tiene el hecho sociocultural de hacerse hombre en Colombia. Dichas reflexiones condujeron a interesantes comentarios acerca de la vida cotidiana y profesional de los/as Policías en el país en relación con el devenir de su propia institución.

Finalmente, entre los años 2002 y 2003, con el apoyo del Fondo de Inversiones para la Paz - FIP - y la participación de la Política Haz Paz, el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar y la Fundación Rafael Pombo, se viene editando un material pedagógico que contribuya en el diseño de una metodología de prevención de la violencia intrafamiliar. En este trabajo se ha incorporado la perspectiva de género introduciendo la importancia de

trabajar pedagógicamente con los hombres, ya sean agresores, estén en el riesgo de serlo o no. Este esfuerzo se suma a los ya iniciados desde el año 2000 en torno de la prevención de la VIF y las masculinidades.

En el plano de las investigaciones, se pueden señalar que ellas se agrupan, desde el punto de vista temático, en tres grandes ejes de reflexión. El primero referente a la *identidad masculina* con referencias en las narraciones, opiniones y reflexiones de los hombres mismos sobre su propia identidad, análisis de las identidades masculinas en conexión con diversas culturas regionales y/o inscripciones socioeconómicas e investigaciones específicas en sectores como la educación. Un segundo eje tiene que ver con estudios sobre la *paternidad y la masculinidad* y finalmente, el tercer eje que se evidencia es el de las investigaciones sobre *masculinidades, sexualidad y salud sexual y reproductiva* en los que la diversidad de prácticas sexuales, los impactos sobre la salud, las decisiones sexuales y reproductivas y los derechos sexuales y reproductivos son los subtemas más relevantes.

Como se observa la temática específica de la violencia ha sido eventualmente abordada como un aspecto derivado de otros propósitos temáticos o políticos. Aún así, es precisamente destacable que el complejo campo de las violencias en Colombia necesitan un abordaje de género aún más contundente, que pueda visibilizar plenamente las construcciones en torno de las identidades masculinas, los elementos de las masculinidades dominantes que se implican en el ejercicio de las violencias y las motivaciones y justificaciones que los hombres encuentran para encarnar tales ejercicios. Sin duda, este proceso reflexivo necesitará contar con el explícito respaldo institucional, la plena conciencia nacional y ciertamente, algún grado importante de movilización social.

## **RESUMEN DE ALGUNAS IDEAS HACIA EL FUTURO**

Al final de este abigarrado recorrido por cifras, memorias, relatos, ejes de relación y acciones emprendidas, y recuperando las claves para la acción que hemos ido anticipando en el mismo, nos parece esencial presentar de manera sinóptica algunos lineamientos de intervención tanto para la política pública como para iniciativas de orden cultural, a la manera de apuestas de desactivación de los conflictos social y armado en lo referente a las bases simbólicas provenientes de los modelos predominantes de configuración de la subjetividad masculina:

- El reconocimiento del hecho de que la manera dominante y convencional de hacerse hombre en Colombia (y no solo en este país) sufre un proceso de ruptura y desestructuración, en razón del riesgo que implica para sí mismo, para las mujeres, para otras generaciones, para otros hombres, para otras formas de existencia y vida en el planeta y por la fragilidad misma que representa la violencia, es un primer paso que el conjunto de la sociedad colombiana puede emprender. El desconcierto, a veces, y la intolerancia, otras veces, que muchas veces se observa en los varones son elementos de esta masculinidad contemporánea que se fractura en el ejercicio mismo de las violencias. La jerarquización entre los hombres basada en la existencia de modelos sociales de fuerza, de inexpresividad, de riesgo irresponsable, de búsqueda de figuras y colectivos que brinden seguridad y de ejercicio de poder y autoridad puede encontrar fin, si los hombres, las mujeres, las instituciones y sectores diversos

del país, unen esfuerzos en torno de los cambios culturales y sociales profundos y de largo aliento que se hace necesario emprender.

- Estimular procesos de comprensión en torno a las dinámicas y modos de organización familiares que han venido reemplazando progresivamente a la familia convencional, no sólo para que las políticas y las consecuentes ofertas de servicios estatales ganen en asertividad, sino para que desde estas perspectivas emergentes puedan entenderse los nuevos lugares, funciones, valoraciones y desafíos de los varones colombianos. Dinámicas familiares que tienen que ver, entre otros aspectos básicos con la relativización contemporánea de las que antes fueron rígidas fronteras entre lo público y lo privado, los nuevos lugares sociales y políticos de las mujeres, nuevos modelos de masculinidad y formas emergentes de organización colectiva.
- El tratamiento no sólo punitivo para los agresores, constituye un elemento esencial de las nuevas consideraciones sociopolíticas para el tratamiento de las violencias. Diseñar espacios sociales legitimados, en donde los hombres agresores, cualquiera sea su manifestación, puedan expresar sus expectativas, lógicas, legitimaciones, angustias y temores, representa un paso pionero en el diseño de políticas sociales de prevención de las violencias. No con ello queremos decir que la sanción social y penal a que dieran lugar sus actos deban ser eludidas.
- Empezar un proceso de reflexión profunda en torno de las formas de coacción colectivas en el desarrollo de formas delincuenciales por parte de jóvenes populares, y de otros grupos de hombres, significa apuntalar a problemáticas específicas con perspectiva de género. Por lo descrito alrededor del fenómeno sicarial, se podrían pensar en fórmulas que desactiven las lógicas de coacción colectiva lesivas para los hombres y la sociedad en su conjunto. Por ejemplo: *control – aglutinamiento masculino – control* (por parte de estructuras armadas del narcotráfico) , frente a *audiencia – búsqueda de seguridades – riesgo irracional* (por parte de grupos de jóvenes populares u otros grupos de hombres) puede ser un flujo interrumpido si se caracteriza debidamente el papel que juegan los modelos dominantes y jerárquicos de la masculinidad convencional.
- La realización de Encuentros reflexivos entre hombres, con miras a desnaturalizar las pautas de socialización masculina, que hasta ahora se asociaban justificando la agresión y la violencia como comportamientos naturalizados de los varones, suelen ser iniciativas que en el mediano plazo consiguen modificar de manera importante tales conductas. Hombres acorazados son hombres puestos en un mayor nivel de riesgo frente a la violencia. Hombres conscientes, autoreflexivos y expresivos son hombres menos expuestos a la posibilidad de que participen en acciones violentas.
- A través del consenso de sectores como el de los medios masivos de comunicación, en torno del reconocimiento de la relación existente entre un comportamiento violento y una determinada manera de saberse y sentirse hombre, puede obtener resultados de altísimo impacto social. Una amplia y prolongada difusión pedagógica alrededor de mensajes e imágenes sobre una masculinidad resituada en torno de los afectos, la expresividad, el cuidado y el autocuidado, el respeto a la diferencia, etc., puede convertirse en el mediano plazo en un referente social legitimado y ejemplificante para los varones.
- La necesaria incorporación de una perspectiva de género en los virtuales procesos de negociación política como salida al conflicto armado interno, así como en la prospección de un escenario postconflicto, es un elemento indispensable de plantear. Ello implicaría, en primer lugar, considerar que las violencias no son necesariamente procesos cíclicos interminables, es decir, que son por tanto susceptibles de evitarse. En segundo lugar, postular las violencias como un ejercicio de poder arbitrario que

encuentra una importante legitimación en los actuales procesos socializadores de muchos de los varones colombianos. En tercer lugar, identificar los lazos relacionales (emocionales, afectivos, etc.) que los varones encuentran en el ejercicio violento respecto de las mujeres, los niños, las niñas, otras generaciones y otros grupos de hombres diferenciados por sus posturas políticas, pertenencias étnicas o sociales o sus preferencias sexuales. Desde ya podría implementarse esta iniciativa en los programas gubernamentales operantes de resocialización de ex combatientes tanto adultos como juveniles.

- Lo anterior conlleva hacer una serie de consideraciones especiales acerca de las motivaciones profundas que los hombres encuentran cuando le dan sentido a su pertenencia a los ejércitos o cuerpos armados de cualquier orden. Ello trasciende los marcos que, hasta ahora, sólo los vinculan con una postura política – ideológica. Es decir, entraríamos a afirmar la masculinidad convencional también como una postura ideológica que amplía los marcos afectivos, emocionales y relacionales que tienen los varones cuando se enrolan con los diversos ejércitos. Esta búsqueda de seguridad, manifestación de la presión social colectiva de pertenencia, la incesante demostración de que se es hombre y de que se puede seguir siéndolo bajo cualquier circunstancia y la manifestación de malestar y rabias profundas de los varones, son sin lugar a dudas elementos novedosos para los análisis sociales y para el planteamiento de políticas públicas.
- Unas perspectivas similares pueden ser desarrolladas en los programas privados y públicos que tienen como objeto la resocialización de infractores juveniles y delincuentes adultos y desactivación de grupos delictivos organizados, de jóvenes y adultos. Indudablemente, las pautas y modelos de masculinidad adulta dominante han de ser deconstruidos a través de las acciones resocializadoras que se propongan.
- La creación de programas que intenten reconciliar, recuperar o crear la vinculación entre la masculinidad y una ética del cuidado, puede ser una de las iniciativas que desde el ámbito público puedan dar mejores resultados, en acciones intersectoriales coordinadas, como por ejemplo las que pudieran diseñar y emprender desde el sector de la educación, la salud y la justicia. Ética del autocuidado, entendida en una doble dimensión: el cuidado de sí mismo y el cuidado a otros, y que muchas veces siendo asimilada como una esencia femenina, estereotipa y restringe las actuaciones de los varones al campo de la dureza, la inexpresividad, la incomunicabilidad o el riesgo.

## BIBLIOGRAFÍA

ALSINA, Cristina y BORRÀS CASTANYER, Laura, "Masculinidad y violencia", en: SEGARRA, Marta y CARABÍ, Angels (eds.), *Nuevas masculinidades*, Barcelona, Icaria, 2000, pp. 83-101.

APONTE, Mauricio y GARCÍA, Carlos Iván (autores-eds.), *Explotación sexual infantil en Bogotá*, Bogotá, Departamento Administrativo de Bienestar Social, 2002.

BADINTER, Elisabeth, *XY, la identidad masculina*, Bogotá, Ed. Norma, 1993.

BANCO MUNDIAL, *Desafíos y oportunidades para la equidad de género en América Latina y el Caribe*, Washington, 2003.

BURÍN, Mabel, "La hostilidad: modalidades de procesamiento propias de la masculinidad", en: BURÍN, Mabel y MELER, Isabel, *Varones. Género y subjetividad masculina*, Buenos Aires, Paidós, 2000, pp. 199-221.

CALVO, Fabiola, *Colombia: EPL, una historia armada*, Madrid, Vosa, 1987.

CAMACHO, Álvaro y otros, *Nuevas visiones sobre la violencia en Colombia*, Debate Político, Bogotá, Iepri – Fescol, 1997.

CLARKE, Anthony, *Hombres. La masculinidad en crisis*, Madrid, Taurus, 2002.

*Conversatorios entre hombres*, 2ª. ed, Bogotá, DABS – Humanizar, 2003.

DE KEIJZER, Benno, *La salud y la muerte de los hombres*, s.d.e., facsímil.

Dirección de Estudios Económicos del DNP. *¿Nos parecemos al resto del mundo? El conflicto colombiano en el contexto internacional*. Archivos de Macroeconomía, Documento 143, Bogotá, 12 de febrero de 2001.

DNP - DEPARTAMENTO NACIONAL DE PLANEACIÓN, *Indicadores de coyuntura social*, Boletín, 24, Bogotá, DNP - SISD, enero de 2000.

DNP - DEPARTAMENTO NACIONAL DE PLANEACIÓN, DIRECCIÓN DE JUSTICIA Y SEGURIDAD, *Cifras de violencia 1996-2002*, 0 (1), 2003. Boletín electrónico, disponible en: <http://www.dnp.gov.co> [Consulta: 21, 4, 2003]

FRANCO, Saúl, *El quinto: no matar. Contextos explicativos de la violencia en Colombia*, Bogotá, TM Editores – Iepri (UN), 1999.

GARCÍA S., Carlos Iván, "En algún lugar parcharemos". *Normas de interacción y valores de los parches de la Localidad 11 de Santa Fe de Bogotá*, Bogotá, Observatorio de Cultura Urbana – TM Editores, 1998.

---, *Edugénero. Aportes investigativos para el cambio de las relaciones de género en la institución escolar*, Bogotá, DIUC – Universidad Central, 2002.

Fiscalía General de la Nación, *Mortalidad en Santafé de Bogotá*, Noviembre de 1993.

GOMEZ ALCARAZ, Fredy Hernán, *Las masculinidades y los varones. Construcciones históricas diversas*, *Masculinidades en Colombia. Reflexiones y perspectivas*, Foro Memorias (25 de julio de 2000), Bogotá, AVSC International – FNUAP – Programa de Género, Mujer y Desarrollo UN – Haz Paz, 2000, pp. 21 - 35.

GOMEZ, Fredy, BERNAL, Margarita y GARCIA, Carlos Iván. *Las masculinidades y la violencia intrafamiliar*. Política HAZ PAZ de la Consejería Presidencial para la Política Social y PNUD, Volumen No. 5, 2001.

GUTIERREZ Tovar, Gabriel, *Inseguridad y delito en Santafé de Bogotá*, Agosto, 1993.

Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses, *Forensis. Datos para la vida*, 1999, Bogotá, autor – GTZ, 2000.

*Lecturas de silencios, Propuesta de atención integral para mujeres violadas sexualmente por razones del conflicto armado colombiano*, Bogotá, Organización Internacional para las Migraciones (OIM) – Asociación Nacional de Enfermeras de Colombia (ANEC) Seccional Medellín, 2002.

MEERTENS, Donny, *Ensayos sobre tierra, violencia y género. Hombres y mujeres en la historia rural de Colombia 1930-1990*, Bogotá, Universidad Nacional – Centro de Estudios Sociales, 2000.

*Niñez y conflicto armado en Colombia*, memorias de los foros “Los niños y las niñas en la guerra” (agosto de 2000) e “Infancia y desplazamiento forzado” (marzo de 2001), 2ª. ed., Bogotá, Programa Presidencial de Derechos Humanos y de Derecho Internacional Humanitario de la Presidencia de la República, 2002.

ORGANIZACIÓN MUNDIAL CONTRA LA TORTURA ET ALT., *El Terrorismo de Estado en Colombia*, Bruselas, Ediciones NCOS, 1992.

ORTIZ PÉREZ, Isabel, “Atención educativa-terapéutica a hombres agresores”, en: *Masculinidades en Colombia. Reflexiones y perspectivas*, Foro Memorias (25 de julio de 2000), Bogotá, AVSC International – Fnuap – Programa de Género, Mujer y Desarrollo UN – Haz Paz, 2000, pp. 129-137.

PALACIO VALENCIA, María Cristina y VALENCIA HOYOS, Ana Judith, *La identidad masculina: un mundo de inclusiones y exclusiones*, Manizales, Ed. Universidad de Caldas, 2001.

RESTREPO, Luis Carlos, *Más allá del terror. Abordaje cultural de la violencia en Colombia*, Bogotá, Aguilar, 2003.

RUIZ, Marta, *Esta ciudad que no me quiere. Relatos de jóvenes de Bogotá*, Bogotá, Fescol - Cerec, 2002.

SÁNCHEZ, Gonzalo y MEERTENS, Donny, *Bandoleros, gamonales y campesinos. El caso de la violencia en Colombia*, Bogotá, El Áncora Editores, 2002.

SEIDLER, Víctor J. *La sinrazón masculina, Masculinidad y teoría social*. México. Programa Universitario de Estudios de Género, Centro de Investigaciones y estudios Superiores en Antropología Social - Universidad Nacional Autónoma de México, 2000. Editorial Paidós.

Semana (Revista), noviembre de 1993.

URIBE A., María Victoria, *Matar, rematar y contramatar. Las Masacres de la Violencia en el Tolima 1948-1964*, Controversia 159-160, Bogotá, Cinep, 1996.

## NOTAS DEL TEXTO

---

<sup>1</sup> Se estima que el 75% de la población total está ubicada en las zonas urbanas.

<sup>2</sup> Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, Informe sobre el Desarrollo Humano del 2002, Barcelona, 2002.

<sup>3</sup> Colombia cuenta según este Informe con una tasa de fecundidad por mujer de 2.8 y una población menor de 15 años equivalente al 32.5 de la población total.

<sup>4</sup> Frente a un ingreso per cápita en dólares de EE.UU. de 29.918 en Noruega, 9.023 en México, 7.625 en Brasil o 5.794 en Venezuela)

<sup>5</sup> Lo que arroja un alto Índice de Desigualdad entre estos dos sectores de 42.7, valor significativo cuando se mira que en Suecia es de 5.4, en Estados Unidos es de 16.6, en México es de 32.6 o que Ecuador cuenta con un valor de 15.4.

<sup>6</sup> Departamento Nacional de Planeación – Sistema de Indicadores Sociodemográficos para Colombia SISD, Boletín No. 24, Bogotá, Enero de 2000.

<sup>7</sup> Relativamente más equilibrado parece ser la evolución del importante sector del empleo informal en las siete principales áreas metropolitanas, el cual responde por más de la mitad de la ocupación en estas áreas, al indicarse que los hombres en 1998 están vinculados en un 53.90%, mientras que las mujeres lo están en un 55.70% (DNP 2000).

<sup>8</sup> Banco Mundial, *Desafíos y oportunidades para la equidad de género en América Latina y el Caribe*, Washington, 2003.

<sup>9</sup> Así, el Informe (PNUD 2002) señala que los hombres alcanzan 8.558 dólares, mientras que las mujeres reciben 3.996 dólares al año.

<sup>10</sup> En este aspecto, Colombia es precedido solamente de Suecia con un 55.0%, superando a países reconocidamente equitativos como Dinamarca (45.0), Finlandia (44.4%), Nueva Zelandia (44.0%) o Noruega (42.1%) (PNUD 2002).

<sup>11</sup> Banco Mundial. Estudio del Tema de Género en Colombia, Bogotá, 2002.

<sup>12</sup> Departamento Nacional de Planeación – Sistema de Indicadores Sociodemográficos para Colombia SISD, Boletín No. 24, pp. 25. Bogotá, Enero de 2000.

<sup>13</sup> Siendo en el último año, un 65% del total de la población afiliada perteneciente al sistema contributivo y un 35% al régimen subsidiado. De 6.5 millones de afiliados/as en 1993 se pasa a 25 millones en 1998. Esto significa que en 1996 se calculó que un 47.1% de la población total se encontraba afiliada al Sistema de Seguridad Social en Salud, cifra que en 1998 correspondió con un 60.4%.

<sup>14</sup> Ciudad capital de la República de Colombia que cuenta según proyecciones del Censo Nacional de 1993 con seis millones y medio de habitantes, aproximadamente.

<sup>15</sup> Considerada la segunda ciudad en importancia político administrativa del país.

<sup>16</sup> CEDE Centro de Estudios sobre el desarrollo económico de la Universidad de los Andes, Documento CEDE 2<sup>o</sup>1 – 04, Junio de 2001, Bogotá.

<sup>17</sup> EL CEDE es el Centro de Estudios sobre Desarrollo Económico de la Universidad de los Andes.

<sup>18</sup> Dirección de Justicia y Seguridad del Departamento Nacional de Planeación. Cifras de Violencia 1996 – 2002, Volumen o, no. 1. República de Colombia.

<sup>19</sup> Por ejemplo, al observar dos aspectos disímiles como expresión de la violencia se observa que frente a los 7.220 casos de homicidios en el primer trimestre del 2002, en el mismo período del 2003 se han presentado 6.062 casos. De 34 masacres en el primer trimestre del 2002 se ha pasado a 27 en el año en curso y de 592 secuestros en el 2002 se descende en un 25%, es decir a 474 casos hasta marzo del 2003.

<sup>20</sup> Conflicto considerado como uno de los cinco conflictos contemporáneos más prolongados e intensos del mundo.

<sup>21</sup> Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses, FORENSIS. Datos para la vida, 2002, Bogotá.

<sup>22</sup> Por ejemplo, el conjunto de lesiones fatales y no fatales vienen a representar para el país 1.422.520 años de vida potencialmente perdidos (AVPP). Promedio que se ha mantenido el país durante los últimos siete años. y 238.972 años de Años de Vida Saludables Perdidos (AVISA)<sup>22</sup> por lesiones intencionales. De ellos, la violencia intrafamiliar ocupa el 38% de los casos y la violencia común el restante 62%. Los homicidios son el renglón que más AVPP registra

---

<sup>23</sup> El índice de masculinidad corresponde a la proporción de varones respecto de la población de mujeres que, para este caso específico de las necropcias, fallecieron por homicidio en un periodo de tiempo determinado.

<sup>24</sup> Este autor cita una encuesta de opinión realizada por la Revista Semana informa que la inseguridad fue considerada como el problema más grave con un 26%, seguida por el desempleo (15%) y la violencia (10%) (Semana, 1993).

<sup>25</sup> Se destaca en las mujeres que específicamente son los grupos de 10 a 14 años y de 5 a 9 años de edad.

<sup>26</sup> En cuanto a los hombres, específicamente el grupo de 5 a 9 años de edad)

<sup>27</sup> El acto sexual abusivo esta descrito por el Código Penal Colombiano como el acceso carnal o los actos sexuales diversos con un menor de 14 años o con una persona en incapacidad de resistir

<sup>28</sup> El suicidio en Colombia esta precedido, como se ha dicho, del homicidio (68.6%), los accidentes de tránsito (16.5%) y las muertes accidentales (7.7%).

<sup>29</sup> Tanto en hombres como en mujeres el grupo de edad mayoritario fue el de 18 a 34 años, con el 50% y el 77% de los casos, respectivamente.

<sup>30</sup> Frases populares como “primero muerto que vencido” o “morir de pie es de varones” afirman el sentido, incluso autoritario con que muchos hombres perciben sus propias vidas o las de otros/as.

<sup>31</sup> Violencia intrafamiliar, violencia sexual, violencia conyugal, las persecuciones y asesinatos selectivos contra los sectores más vulnerables de la población sumado a lo que en Colombia infortunadamente se dio en llamar como la “limpieza social”.

<sup>32</sup> La distribución de muertes por la violencia en Colombia entre 1957 y 1962 fue: 1957: 2.877; 1958: 3.796; 1959: 2.550; 1960: 2.557; 1961: 3.173; 1962: 2.370. Fuente: OQUIST, Paul, *Conflicto y política en Colombia*, Bogotá, Instituto de Estudios Colombianos, p. 322.

<sup>33</sup> Expedido en 1978 por el gobierno del liberal Julio César Turbay Ayala

<sup>34</sup> Algunos analistas plantean que la organización del narcotráfico es mucho más difusa, descentralizada y heterogénea de lo que siempre se ha sostenido, y que la idea de los carteles obedece más a la necesidad de creación de enemigos identificables como supuesta amenaza para la seguridad nacional de Estados Unidos, una vez debilitado el fantasma del comunismo. Con dicha salvedad, los carteles más conocidos en Colombia han sido los denominados como “de Medellín” y “de Cali”, por ser justamente estas dos ciudades sus centros principales de operación, que contaron con el ya desaparecido Pablo Escobar y los hoy prisioneros hermanos Miguel y Gilberto Rodríguez Orejuela como sus jefes más reconocidos, respectivamente.

<sup>35</sup> Estas relaciones han sido explicadas por los sucesivos gobiernos como actuación irregular y nunca avalada de miembros aislados de las Fuerzas Armadas, mientras que organizaciones de derechos humanos han llegado a plantearlas como un *Terrorismo de Estado* de carácter sistemático (Organización Mundial contra la Tortura et alt., 1992).

<sup>36</sup> La Red de Solidaridad calcula así el número de hogares desplazados en el periodo aludido: 625 en 1996, 2.190 en 1997, 8.906 en 1998, 7.099 en 1999, 56.119 en 2000, 67.727 en 2001 y 75.730 en 2002. ¡La variación durante el periodo fue del 12.017%! (DNP, 2003: 3).

<sup>37</sup> Tal proyecto fue desarrollado por la Línea de Género y Cultura del Departamento de Investigaciones de la Universidad Central en Bogotá entre 1998 y 2002. A partir de un trabajo empírico de gran magnitud (473 diarios de campo de observación participante), en 25 instituciones educativas de Bogotá, el proyecto describe y explica en detalle una serie de dispositivos pedagógicos por medio de los cuales se coadyuva a la configuración social de la feminidad y la masculinidad (García, 2002).

<sup>38</sup> Exp. 7078, Rdo. 647, Fl. 55; Juzgado 2º Superior de Armenia. Cit. en Uribe (1996: 167).

<sup>39</sup> Nos valemos para ello del estudio de García (1998) sobre tales grupos.

<sup>40</sup> En tal sentido, tales procesos de subjetivación comparten algunos rasgos con los identificados en la experiencia del sicariato juvenil.

<sup>41</sup> Esta entidad cuenta hoy con programas específicos para varones incluyendo Clínicas para el Hombre en Bogotá, Medellín y Cali

<sup>42</sup> Jornadas organizadas y dirigidas por Fredy Gómez, gracias al apoyo de algunos colegios públicos y privados, Policía Nacional y algunas entidades oficiales del orden distrital.

<sup>43</sup> Programa que ha sido incluido dentro del Plan de Desarrollo del alcalde Antanas Mockus.

---

<sup>44</sup> La primera parte de los talleres fueron desarrollados por el Colectivo Hombres y Masculinidades y dirigidos por Fredy Gómez, Carlos Iván García, José Manuel Hernández y Javier Omar Ruiz.

<sup>45</sup> Si bien, se hace necesario, obviamente, idear procedimientos evaluativos del programa así como su continuidad en el largo plazo.